

Texto: **Joaquín Araújo**

Cuando nos situamos donde realmente estamos, es decir, en medio del medio y, sobre todo, no nos consideramos la medida de todas las cosas, sino como mucho la media mitad, aflora una de las más dinámicas destrezas: se desencadena una ilimitada capacidad para arreglar lo devastado. No conviene, en efecto, descartar que, si bien tenemos perfectamente comprobada nuestra capacidad de destrucción, no menor sino por lo menos igual, es la de restitución. Consideración que afortunadamente se abre paso en medio de los infinitos perfiles de la demolición de la vivacidad que casi todos los indicadores ambientales confirman. Con el ambiente sucede como con esas parejas que afirman haberse reconciliado pero que no vuelven a acostarse. A la Natura todos la queremos – confirman las encuestas – pero pocos hacemos el amor con ella. En cualquier caso, de momento asoma el abrazo, que sería imposible sin la idea de que es posible.

Uno de los ámbitos en los que está más cerca este propósito es en el de las Reservas de la Biosfera. La reciente declaración de Madrid, que mana de un imponente congreso allí celebrado el pasado mes, permite el optimismo. Sin duda estamos a punto de que la asignatura pendiente, esa que gira en el limbo de los deseos, pase a ser una compañera de viaje no solo obvia, ya que casi nada vivo viaja fuera de la Biosfera, sino reconocida. Tremendo esto de que lo evidente tenga que ser aceptado por la racionalidad dominante.

Por cierto, y disculpándome por la digresión, hay que felicitar por el hecho de que debemos estar liderando mundialmente la acogida a eventos de gran formato sobre el medio ambiente. Este Ministerio tiene mucho que ver en tan formidables iniciativas y capacidad de acogida.

En fin, volviendo a las Reservas de la Biosfera – tan incrementadas ellas- de lo que se trata es de que como la sociedad misma pasen de declaración de intenciones a campos de puesta en práctica, inmediata y completa, de los propósitos de la declaración de Madrid.

Conviene, en consecuencia, recordar que las reservas no pueden tener encasillamientos. Es más, si

esa inmensidad frágil a la que llamamos Biosfera incluye la totalidad de lo que vive y de lo que hace posible la vida, podemos no seguir acarreado la torpeza suicida que implica toda frontera, todo compartimiento, toda exclusión. La propuesta es que el escenario, además de incluir a los actores, sea al mismo tiempo la herramienta, el trabajo y la obra. Reconocer que son exactamente la misma cosa la procedencia y el destino o, si se quiere, las fases de un proceso que si no es completo no es nada. Recuerda, también, el congreso que la misma vida es comienzo: siempre esa fascinante, misteriosa, gratuita e imprescindible renovación, por supuesto, pero siempre desde lo anteriormente alcanzado y consolidado. La búsqueda de novedades, imprescindible para esa creatividad renovadora que define a la vivacidad, no es posible sin las retaguardias, sin la intendencia, sin las fuentes de aprovisionamiento seguro. Las reservas se aprestan, pues, a ser la última oportunidad de que se enhebran la lucha contra el calentamiento global, la pérdida de multiplicidad vital, el desmoronamiento de las culturas rural y aborígen, la destrucción del paisaje y la manifiesta incompetencia de los modelos sociales al uso. Que se caracterizan por quererlo todo – por cierto cínicamente para todos – y por no devolver prácticamente nada a cambio. Ni siquiera la posibilidad de seguir saqueando las fuentes de la renovación. Cuando es el propio sistema Biosfera el que demuestra que, consumir, consumidor, lo consumido y poder volver a hacerlo, son parte inseparable del mismo proceso. Eso es precisamente lo que pretende impulsar al máximo el llamado plan de acción de Madrid.

Que culmina con un llamamiento, igualmente esperanzador, a la cooperación internacional de las administraciones y asociaciones de todo tipo y condición para que mejoren las relaciones entre los humanos y lo que nos hace posible. Ciertamente ese propósito está muy bien, pero sólo como primer paso. Porque si el objetivo es volver al hogar común que es la Biosfera, eso pasa por cambiar el fondo y la forma de las relaciones tal y como son actualmente. Si tal reconciliación y el consiguiente matrimonio entre cultura y natura se consuma, el fruto – de tan intensa, necesaria y placentera relación – se llamará futuro. 